

HOMENAJE AL PAPA

POR

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS

el 3 de marzo de 1980

en el acto celebrado en la Catedral de Valencia, organizado por la Unión de Seglares Católicos Españoles,

Lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer.

Era una fresca mañana de mayo en Roma. Se celebraba la fiesta de la Ascensión del Señor, y el recién nombrado Papa Pío XII —hasta hace poco Cardenal Eugenio Paccelli— tomaba posesión de su catedral romana, la Basílica de San Juan de Letrán.

Era un día de sol espléndido. El cortejo, conduciendo al Papa en Silla Gestatoria, avanzaba majestuoso, entre las aclamaciones de la muchedumbre, desde los palacios lateranenses a la Basílica.

Al llegar al vestíbulo, el Papa se puso en pie con los brazos en alto. La melodía gregoriana y el texto bíblico del introito de la festividad parecían dirigidos a los presentes: «¡Hombres de Galilea! ¿Qué hacéis ahí parados mirando al cielo?».

Por un momento nos sentimos transportados a la cumbre del Olivete, cuando Jesús, tras bendecir a los apóstoles, subió majestuosamente a los cielos, hasta que una nube lo ocultó definitivamente a las miradas de los discípulos. Aquella imagen erguida, cubierta de una sotana blanca resplandeciente, con muceta y estola granate, levantando los brazos en alto, recordaba la figura y el gesto de Cristo en la mañana de la Ascensión. No faltaba siquiera en el inmenso azul del cielo romano de aquella mañana la presencia de alguna nubecilla dispuesta, si fuera preciso, a la jugada del ocultamiento. Temíamos tener que apostrofarla como el poeta:

«¡Ay, nube envidiosa
aun de este breve gozo! ¿Qué te aquejas?
¿Do vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán tristes, ay, nos dejas!»

Pero esta vez no fue así.

La imagen blanca del Papa descendió de la sedia, y con los pies en el suelo, a la altura de los circunstantes que besábamos su mano, entró en la Basílica.

Recordé emocionado la acertada expresión de Catalina de Siena cuando llamaba al Papa «il dolce Cristo in terra»: el dulce Cristo en la tierra.

Cristo subió a los cielos.

Cristo se ocultó una mañana a la vista de los mortales, tras la oscuridad de una nube que sólo con los ojos de la fe podrán los hombres traspasar.

Pero se quedó realmente entre nosotros:

De manera invisible en la Eucaristía.

Visiblemente... ¡en su Vicario!

España se distinguió siempre por su acendrado amor al Romano Pontífice y a la Sede Apostólica.

Fue algo que tuvimos siempre los españoles como timbre de gloria, como patente y distintivo de nuestro ser católico. De nosotros lo heredaron —y mantienen vivo hoy— los países de habla hispana. Lo sabían los Papas, que siempre correspondieron recíprocamente a ese amor. Y lo incluía el mundo entero entre las características diferenciales del ser español.

Pero, de pronto, han soplado sobre la piel de toro vientos ultramontanos. Y, en nuestros días, el Papa ve con dolor, América comprueba con escándalo, y el mundo contempla con extrañeza, que en España se habla y se escribe contra el Vicario de Cristo con una virulencia inusitada. Y no por los que se dicen enemigos de la Iglesia, sino por quienes presumen de estar dentro de ella y entenderla mejor que nadie. Hoy, el Papa en España no es que tenga solamente mala prensa, es que está teniendo, incluso, mala Hoja Parroquial. Y, por

desgracia, lo que acabo de decir —bien lo sabéis— no es una simple metáfora.

Y siendo esto así:

¿Podemos los católicos españoles cruzarnos de brazos ante esta situación?

¿Pueden dejarnos insensibles las ofensas proferidas en nuestra propia lengua y escritas en las publicaciones de nuestra propia Iglesia contra el Papa?

¿Vamos a tolerar sin protesta que se denoste al que consideramos Vicario de Cristo en la tierra, y en un país que presume de respetar las creencias de todos sus ciudadanos?

¿Hemos de permitir que fuera de nuestras fronteras vaya cundiendo la imagen de una España antipapal, o de una Iglesia española que se distancia de la unidad católica, encarnada y apoyada en el Magisterio del Primado Pontificio?

¿Seríamos capaces de asistir impasibles al desmoronamiento de la fe católica en nuestros hermanos, sin procurar ayudarnos mutuamente a consolidar las bases que la sustentan?

* * *

Este es el motivo que nos congrega esta tarde a los pies de Nuestra Señora de los Desamparados, Patrona de Valencia y Madre de la Iglesia.

Venimos:

- a proclamar, en nombre de millones de católicos españoles, nuestra incommovible devoción al Vicario de Cristo en la tierra;
- a reafirmar nuestra fe en la función fundamentalmente unificadora, magisterial y directora que Cristo asignó, en la Iglesia por El fundada, a Pedro y a sus sucesores;
- a profesar públicamente nuestra militancia en una Iglesia que tiene el encargo de realizar en el mundo el designio salvífico de Dios bajo la Capitanía visible del Romano Pontífice;

- a repetir, una vez más, nuestro compromiso de sumisión y obediencia al magisterio infalible y a la autoridad auténtica de aquél a quien Jesucristo Nuestro Señor entregó las llaves del Reino de los Cielos, prometiendo que allí se daría por atado y desatado lo que él atare y desatare en la tierra.

Aunque esta celebración no quiere ser exclusiva, ni siquiera primariamente polémica, sino, ante todo, constructiva en el amor, he querido recoger las principales cosas que hoy se dicen en España contra el Papa, a fin de responder a ellas y fijar, así, en sentido afirmativo, la verdadera postura que en católico deberíamos adoptar.

Con satisfacción inmensa, he descubierto una cosa:

La actual postura contestataria frente al Papa en España es muy pobrecita. Aparte de no ser nada original —se limita a copiar lo que se dice fuera de nuestras fronteras—, da muy poco de sí. No tiene altura ni categoría. Los cargos son tan ridículos que me daría vergüenza —y tendría remordimiento de haber defraudado vuestras esperanzas— si limitara mi conferencia a refutarlos.

1. Lo primero que lanzan contra Juan Pablo II —como si fuera una deshonra para él o una desgracia para la Iglesia— es la tremenda acusación de ser polaco; porque ello implica —dicen— que no conoce Occidente, y que concibe la iglesia universal a la luz oscurantista de lo que llaman «nacional-catolicismo» de su país natal.
2. Viene luego la acusación de anticonciliar. Juan Pablo II —dicen— no continúa la línea del Concilio Vaticano II. Hay en él una regresión —«involución» la llaman— hacia las posturas conservadoras, trasnochadas y de extrema derecha, de Pío XII.
3. Se le reprocha, en tercer lugar, de provocar concentraciones masivas de fieles (Méjico, Polonia, Irlanda, Nueva York...), fomentando así el culto a la personalidad y un condenable triunfalismo, que estaría degenerando en lo que llaman «papatría».
4. Por último, se le echa en cara su defensa del celibato ecle-

siástico en la «anacrónica» carta del Jueves Santo de 1979 a todos los sacerdotes del mundo; su «frenazo» a las secularizaciones que con tanta facilidad se venían concediendo en los últimos años; su actuación enérgica frente a los desmanes o desviaciones de algunos teólogos; y hasta su devoción a la Santísima Virgen, que algunos consideran «beatería trasnochada», y que otros han tenido la osadía, irreverente y ofensiva, de involucrar con el fenómeno de la atracción de los sexos...

¡Inconcebible!

¡Inaceptable!

¡Insostenible!

¡Intolerable!

¡Falso!

¡Injusto!

Se podrían añadir innumerables calificativos de rechazo a esta postura contestataria antipapal que estamos presenciando en nuestra católica España.

Los dejo a vuestra discreción... y caridad.

Pero no quiero que se me quede en el tintero el que, a mi juicio, califica mejor que nada esta postura.

Me duele decirlo, por el respeto que me merecen y por el sincero amor que profeso a estos hermanos discrepantes; pero su actitud es una actitud... ¡ridícula!

1. ¿Desde cuándo es un «impedimento dirimente» para ser Papa el haber nacido en Polonia, país de una vivencia cristiana cuantitativa y cualitativamente no superada por ningún otro país del mundo actual; con unos porcentajes de vida sacramental no alcanzados en ninguna otra nación; con un índice envidiable de vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras; con unas familias visceralmente conscientes y responsables de su quehacer insustituible en la formación cristiana de los hijos; con una preocupación por la cultura religiosa que los lleva a sostener generosamente, en medio de su pobreza general, la Universidad Católica de Lublín, con más de 500 profesores

y con una Biblioteca de más de 800.000 volúmenes? Hay que tener la humildad de reconocer paladinamente: Un Papa polaco no es una deshonra ni una desgracia para la Iglesia. Un Papa polaco es *el premio merecido* que Dios ha otorgado a la católica nación polaca, y *un regalo inmerecido* que la Iglesia de Polonia ha hecho a la Iglesia Universal.

¿Se puede decir, sin caer en el ridículo, que —por ser polaco— desconoce los problemas de la Iglesia Universal un hombre que estudió y trabajó pastoralmente en Roma varios años; que hizo su tesis doctoral en Teología con un profesor francés sobre un místico español; que domina más de 10 lenguas (aparte del latín y el griego, las principales lenguas europeas: alemán, español, francés, inglés, italiano, portugués, polaco, ucraniano, ruso...); que me consta que estaba suscrito en Cracovia a tres revistas de nuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas (imaginad las revistas francesas, alemanas e inglesas que recibiría); que había asistido y tomado parte activa en nombre de Conferencia Episcopal polaca a todos los Sínodos celebrados en Roma después del Concilio; que en 1976 fue invitado por Su Santidad Pablo VI a dirigir los Ejercicios Espirituales que había de hacer el Papa, y con él los principales dirigentes de la Curia Romana?

La ridiculez sube de punto cuando se considera un demérito de Juan Pablo II el proceder de un país donde se vive —dicen— un «nacional-catolicismo», que hay peligro de que el Papa quiera implantar en el mundo entero. Si esto no estuviera en letras de molde, pensaríamos que era una calumnia atribuírselo a nadie.

¿«Nacional-catolicismo» el de un país dominado por la bota de Moscú, con un gobierno comunista, oficialmente ateo y marxista, impuesto contra la voluntad masivamente mayoritaria de la nación?

¿«Nacional-catolicismo» el de un país cuya legislación es abiertamente anticristiana, cuya enseñanza es obligatoriamente estatal y laica, y que ni siquiera mantiene relaciones diplomáticas con el Vaticano?

¿Hay peligro de que Juan Pablo considere ideal y trate de implantar en el mundo un «nacional-catolicismo» semejante?

¿No será más bien una suerte para la Iglesia —especialmente para

países de reciente orientación laicista y marxistizante, ¡como hoy el nuestro!— que el Papa pueda ofrecernos la experiencia de una Iglesia totalmente desvinculada del poder civil, y que se esfuerza por mantener sus esencias en un clima adverso de desasistencia, secularismo, e incluso de persecución, que le niega, a veces, los más elementales derechos y la más imprescindible libertad...?

2. La segunda acusación presenta al Papa como anticonciliar y regresivo. Afirmación gratuita que no se prueba jamás.

Desde el primer momento de su Pontificado, Juan Pablo II ha dedicado sus esfuerzos a poner en práctica las decisiones del Concilio. A la vista está, por ejemplo, su respeto a la Colegialidad Episcopal con la preparación del VI Sínodo que tendrá lugar en el próximo otoño sobre el tema de la familia cristiana; en la mente de todos están las frecuentes reuniones con las Conferencias Episcopales (de Hispanoamérica, en Puebla; de Polonia, en Cracovia; de Alemania, en Castelgandolfo, para el caso Hans Küng; de Holanda, en Roma, recientemente); y el mundo ha sido testigo de un gesto de Colegialidad inédito en la historia de la Iglesia con la reunión de los Cardenales convocada a fin de hacerles solidarios en la solución de problemas importantes para la marcha de la Iglesia Universal.

Si se trata de la preocupación del Concilio por el hombre moderno, ahí está la magistral Encíclica *Redemptor Hominis* con que Juan Pablo II ha iniciado su Magisterio Pontificio.

Y si nota distintiva del Concilio es la apertura de la Iglesia al ecumenismo, testimonio fehaciente del espíritu conciliar de Juan Pablo II es su reciente viaje a Turquía para establecer contactos personales con la Iglesia ortodoxa.

Lo que ocurre es que algunos desearían una actitud postconciliar del Papa que condujera la Iglesia hacia las metas que desatinadamente propugnaron durante el Concilio y que no lograron hacer triunfar en él. Juan Pablo II, perfecto conocedor del Concilio desde dentro y auténtico intérprete de su pensamiento, constituye una rémora para los proyectos iconoclastas de algunos sectores dentro de la Iglesia. Por eso le atacan.

Hoy es historia ya una significativa anécdota que tuvo lugar en

Roma a las pocas horas de clausurarse el Concilio Vaticano II. Se celebraba una reunión de despedida en el local que durante el Concilio había ocupado el IDOC, aquel Servicio de Información y Documentación montado por un grupo de teólogos centroeuropeos para influir sobre los Padres conciliares. Hablaba un conocido teólogo belga, cuyo nombre silencio por los lazos de amistad que con él me unieron algún tiempo. Y decía textualmente: *«En el Concilio hemos perdido la batalla de los textos. Hay que luchar ahora para ganar a todo trance la batalla de su interpretación»*.

Esta consigna, lanzada a raíz de la clausura del Concilio, puede explicar muchas cosas del Postconcilio.

Porque como desgraciadamente el ejército en cuestión disponía de abundante presupuesto para armamento, la estrategia ha funcionado maravillosamente.

No se trata en esta lucha de interpretar fielmente lo que el Concilio dijo. Se trata de hacerle decir lo que no dijo. Si Juan Pablo II es para nosotros perfectamente conciliar, porque hace lo primero, para ellos no lo es, porque no hace lo segundo.

3. No quisiera perder mucho tiempo en contestar a la tercera acusación formulada contra Juan Pablo II en base a su gran convocatoria de muchedumbres, puesta de manifiesto en sus viajes pastorales a Méjico, Polonia, Irlanda y Norteamérica, así como en la afluencia, cada día más numerosa, a las audiencias de los miércoles y al rezo del Angelus los domingos en la Plaza de San Pedro.

Me gustaría ceder la palabra a alguien que hubiera participado en alguna de estas manifestaciones, para que os certificara —como yo os certifico por lo que se refiere al viaje a Polonia, donde tuve la suerte de acompañarle paso a paso— que no hay en las apariciones públicas de Juan Pablo II el más leve afán de vedetismo ni de búsqueda de culto a la propia personalidad. Lo que hay en él es una dosis de humanidad poco corriente; una espontánea cercanía del Papa a los problemas de la vida ordinaria de cada cual —«Santo Padre, ¿quiere bendecirme este retrato que es de mi novia?», y el Papa se lo coge y se lo besa—; una sensación de aplomo y de seguridad en sus palabras que tanto se echa de menos en las ideologías vacilantes

de estos tiempos que vivimos; una capacidad de convocatoria, en fin, que raya en lo carismático, al arrastrar masivamente a las gentes, a pesar de no halagarles los oídos con promesas facilonas, sino con exigencias evangélicas descarnadas.

El fenómeno, más que las desconsideradas críticas de sus detractores, está pidiendo a los sociólogos y psicólogos un estudio en profundidad.

Porque la Iglesia necesitaba —lo está buscando hace tiempo afañosamente— encontrar la imagen adecuada de su comportamiento pastoral y misionero en este mundo secularizado que se nos va.

Y no estaba dando resultado —porque nunca lo dio ni pudo darlo— el sistema de contemporizar hasta el extremo de suprimir del mensaje cristiano lo que al mundo desagrada. San Pablo lo hizo una vez, silenciando ante los atenienses el escándalo de la Cruz; y, a pesar de que el discurso en el Areópago fue un modelo de acomodación al lenguaje de sus oyentes, fracasó: apenas logró un par de conversiones (Hechos 17, 34). Pocos días después, en Corinto, escarmentado, cambiaba de táctica. Y más tarde escribiría a los corintios: «Yo, hermanos, cuando llegué a vosotros, no llegué anunciándoos el misterio de Dios con excelencia de palabra o de sabiduría; pues me propuse no saber entre vosotros otra cosa que a Jesucristo; y a éste, crucificado... Mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de persuasivos discursos sabihondos; sino que fueron demostración de espíritu y de poder» (1 Cor 2, 1-4).

Tras varios años de excesivo afán irenista, en los que muchos cristianos, de buena fe pero equivocados, con un extraño y funesto complejo de inferioridad, estaban tratando de presentar al mundo un cristianismo sin aristas, que el mundo, lejos de aceptar, rechaza cada día con mayor estrépito, ha venido Juan Pablo II diciendo descarnadamente la verdad, y las masas le siguen y aplauden.

El Papa no se muestra en público para recibir los aplausos de la muchedumbre, sino para dar a las masas lo que cada uno de ellos viene buscando en el encuentro con el Vicario de Cristo: la palabra del Maestro, sin ambages ni mixtificaciones, un cristianismo genuino; sin descafeinar!, una seguridad en lo inamovible que permita sin marearnos el balanceo sobre los columpios de las verbenas del mundo.

4. Finalmente, la lista de agravios a Juan Pablo II enumera entre sus fallos los que nosotros consideramos precisamente los mejores logros de su Pontificado.

Porque nosotros pensamos —y para decirlo muy alto hemos venido aquí— que ha sido para la Iglesia una gracia del cielo extraordinaria su Carta del Jueves Santo del pasado año a los sacerdotes, reafirmando la identidad inconfundible y permanente del sacerdocio ministerial cristiano; que su llamada a las almas consagradas para que mantengan con el celibato la palabra dada a Cristo y a su Iglesia no es —como se nos quiere y se le quiere hacer ver— un atentado a los derechos del hombre al que se niega la secularización, sino una invitación y estímulo caritativos a la debida fidelidad a Dios «que es, al mismo tiempo, comprobación de la auténtica fidelidad a sí mismo, a la propia conciencia, a la propia humanidad y dignidad» (*Carta a los sacerdotes*, núm. 9); que su aceptación enérgica frente a las desviaciones doctrinales de algunos teólogos no es un «frenazo» que paralice la auténtica investigación teológica, ni un intento de sofocar el imprescindible y valioso carisma de los teólogos en la Iglesia, sino que es en el Papa el obligado ejercicio de su función de Maestro Supremo para declarar lo que pertenece al mensaje revelado y lo que de él se aparta; finalmente, que la fervorosa devoción filial de Juan Pablo II a la Madre de Dios se inserta en las coordenadas fundamentales del cristianismo plurisecular, y, por ello, encuentra un eco emocionado de resonancia inmensa en millones de almas que, a fuer de fervorosos seguidores de Cristo, le dicen como aquella mujer de la turba en el Evangelio: «¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron!» (Lc 11, 27).

* * *

El tenor y la andadura de esta deslabazada charla, a la que no quiero dar —porque no lo merece— el honroso título de conferencia, me trae irremediabilmente a la memoria dos pasajes de los escritos del apóstol San Pablo.

El primero es aquel de su segunda carta a los corintios, donde obligado a hacer la autoapología de su ministerio y categoría apos-

tólicos, puestos en tela de juicio por los judaizantes, tras la enumeración de sus trabajos apostólicos y de los dones extraordinarios con que el Señor le enriqueció, termina diciendo: «Me he vuelto un insensato; vosotros me habéis obligado» (2 Cor 12, 11).

No es estilo de los fieles y conscientes devotos del Vicario de Cristo en la tierra apoyar esta devoción en las cualidades puramente humanas del pontífice de turno, aunque nos guste que las tenga muy perfectas, como suele suceder. No constituyen ellas, sino la misión que Cristo le confió, las credenciales que le granjean nuestra indiscutible adhesión. Para animarnos esta tarde a proclamar nuestra fe en el Primado de Roma y nuestra obediencia a los dictados de su magisterio infalible, no hubiéramos necesitado recurrir a la ponderación de sus méritos y exaltación de sus virtudes. No lo hemos hecho tampoco por adulación ni papanatismo que pueda ser interpretado como triunfalismo barato o culto a la personalidad. Lo hemos hecho obligados por las acusaciones de sus detractores.

El segundo pasaje de San Pablo que me viene a la memoria es el de Rom 7, 15-23 donde, hablando de la contradicción interna del hombre, reconoce el apóstol que él mismo muchas veces no hace lo bueno que se propone, sino lo malo que pretendía no hacer.

Yo me propuse no defraudaros con una larga apología de Juan Pablo II, y he consumido en ello prácticamente el tiempo de que disponía.

Pero vuelvo a decir: me han obligado a ello.

* * *

Sin embargo —y aunque sea más brevemente de lo que vosotros esperabais— no quiero defraudar del todo vuestras legítimas aspiraciones al acudir a este acto.

Nuestra afirmación de fidelidad al Papa tiene unos fundamentos que conviene recordar y debe traducirse en unos propósitos que debemos formular.

El fundamento de nuestra adhesión al Vicario de Cristo es la palabra de Jesús, que constituyó tal a Pedro y a sus sucesores.

Tres pasajes evangélicos definen la figura y el papel del papado

en la Iglesia: la escena de la promesa del primado en Cesarea de Filipo (Mt 16, 13-19, cfr. Mc 8, 27-29; Lc 9, 18-20); la colación efectiva de ese primado con el cargo de Pastor Supremo de la Iglesia conferido a Pedro después de la Resurrección junto al Lago de Tiberíades (Jn 21, 15-17); y la oración de Jesús por el Príncipe de los Apóstoles antes de la Pasión (Lc 22, 31-32).

En el primer episodio, Cristo promete a Cefas hacerle Vicario suyo, constituyéndole fundamento de la perennidad de su Iglesia y otorgándole los poderes omnímodos de las llaves del Reino con facultades, en el ámbito de su misión, para atar y desatar valederamente ante Dios.

En la aparición junto a Tiberíades, queda constituido Pedro en mayoral de las ovejas del Buen Pastor, con la función —que no es honorífica, sino un deber— de velar sobre la totalidad del rebaño.

Y en el pasaje de Lc 22, 31 Jesús asegura a Pedro que, en vista de que Satanás va a zarandear a los apóstoles durante su Pasión como trigo en una criba, El ha rogado por Pedro para que su fe no se eclipse, y Pedro deberá, cuando recapacite y vuelva en sí, confirmar a sus hermanos en el apostolado.

Porque la oración de Jesús es eficaz, Pedro y sus sucesores a lo largo de la historia, a pesar de sus miserias y de sus fallos como hombres, han mantenido sólido y sin eclipses la fe de la Iglesia.

Como concreción auténtica de esta enseñanza de Cristo, destacamos la infalibilidad del Romano Pontífice cuando habla *ex cathedra*, puesta hoy en tela de juicio por algunos, pero definida por el Concilio Vaticano I y reafirmada expresamente por el Vaticano II.

Dice el Vaticano I en la Const. Dogm. *Pastor Aeternus*:

«... enseñamos y definimos ser dogma divinamente revelado: Que el Romano Pontífice, cuando habla *ex cathedra* —esto es, cuando ejerciendo su cargo de pastor y maestro de todos los cristianos, define por su suprema autoridad apostólica que una doctrina sobre la fe y costumbres debe ser sostenida por la Iglesia Universal— goza, por la asistencia divina que le fue prometida en la persona del bienaventurado Pedro, de aquella infalibilidad de que el Redentor Divino quiso que estuviera provista su Iglesia en la definición de la doctrina sobre la fe y las costumbres; y, por tanto, que las definiciones del

Romano Pontífice son irreformables por sí mismas y no por el consentimiento de la Iglesia. Y si alguno tuviera la osadía, lo que Dios no permita, de contradecir esta nuestra definición, sea anatema» (*Denzinger*, núm. 1839-1840).

Y corrobora el Vaticano II:

«Este Santo Concilio, siguiendo las huellas del Vaticano I, enseña y declara con él que Jesucristo, eterno Pastor, edificó la santa Iglesia enviando a sus apóstoles como El mismo había sido enviado por el Padre (cfr. Jn 20, 21) y quiso que los sucesores de éstos, los obispos, hasta la consumación de los siglos fuesen los pastores de su Iglesia. Pero para que el episcopado mismo fuese uno solo e indiviso, estableció al frente de los demás apóstoles al bienaventurado Pedro, y puso en él el principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y de comunión. Esta doctrina de la institución, perpetuidad, fuerza y razón de ser del sacro primado del Romano Pontífice y de su magisterio infalible, el Santo Concilio la propone nuevamente como objeto de firme fe a todos sus fieles» (*Lumen Gentium*, núm. 18).

* * *

Nuestro acto de hoy no se inserta en el marco de las Fallas Valencianas, aunque estamos en Valencia y en vísperas de sus tradicionales fiestas.

Quiero decir que nuestro homenaje al Papa no puede terminar con una estruendosa *traca* y una espectacular *cremá*.

Tiene que terminar en algo práctico.

Algo práctico que yo resumiría en cuatro palabras: Oración, sintonía, adhesión y colaboración solidaria.

1. ORACION.—Tres razones fundamentales hay, entre otras muchas, para que oremos por el Pontífice. Es la primera el ejemplo de Cristo: Si El oró por Pedro y quiso que lo supiéramos, fue una forma de decirnos que rezáramos por el sucesor de Pedro, como su oración sacerdotal por los apóstoles en la Última Cena fue una invitación a que lo hagamos por los obispos y sacerdotes.

La segunda razón es que el oficio y responsabilidad del Papa se

mueven en el orden sobrenatural donde los medios humanos y las cualidades naturales tienen muy poco que hacer. Es la gracia de Dios la que opera:

«Si Dios no construye la casa,
en vano trabajan los albañiles;
Si el Señor no defiende la ciudad,
en vano vigilan los centinelas» (*Salmo 127, 1*).

Por último, nuestra ferviente plegaria por el Papa es la mejor manera —la única manera que tenemos— de pagarle sus desvelos por la Iglesia Universal que somos todos nosotros.

2. SINTONIA.—Llamo así a la actitud de escuchar que debe caracterizar a todos los fieles seguidores del Vicario de Cristo. El Papa, como supremo Pastor en la Iglesia, es el más fuerte altavoz de la palabra de Dios al mundo. Pero de poco sirve que el Papa grite, si los hombres van con taponés en los oídos, o si el estrépito del mundo loco les impide oírle.

Los que estamos convencidos de que el sucesor de Pedro repite las que Pedro consideraba «palabras de vida eterna», debemos sintonizar continuamente nuestro receptor con la emisora papal. Hay que preocuparse por saber lo que el Papa dice en cada momento y en cada situación, para participar en aquella bienaventuranza que de su Madre proclamó Jesús: «¡Bienaventurado el que oye la Palabra de Dios y la cumple!» (Lc 11, 28).

3. ADHESION.—Porque no basta oír. Hay que poner en práctica. Y poner en práctica es: cuando se trata de doctrina, aceptarla con espíritu de fe y amoldar a ella nuestros criterios; cuando se trata de normas, incorporarlas a nuestra conducta y a nuestra vida.

Sintonía y adhesión deben ser totales: Hay que oír e incorporar *todo* el mensaje evangélico que el Papa proclama. No vale seleccionar canales para oír sólo algunos y sólo aceptar aquello que nos gusta o que nos va. Justamente, nos enriquece la adquisición de lo que no teníamos, y nos mejora lo que suprime y corrige nuestras deficiencias.

4. COOPERACION SOLIDARIA.—Se está convirtiendo en tópico —y hay que evitar que se quede en tópico— eso de que «todos somos Iglesia».

La Iglesia es una comunidad de salvación.

No sólo es la comunidad en la que hay que entrar para salvarse. Es una comunidad *salvadora*. Nosotros no hemos entrado en ella sólo para salvarnos, sino para salvar: para ayudar a Cristo en la tarea de salvar al mundo.

Ese quehacer salvador es un quehacer solidario de todos los miembros de la Iglesia: Unidos a la Cabeza Invisible, que es Cristo, a través de la cabeza visible, que es su Vicario. Lo que en nombre de Cristo Cabeza, y para salvación de toda la humanidad, propone su Vicario, debe ser solidariamente repetido y llevado hasta el último rincón del mundo por los miembros de esa Iglesia salvadora.

La devoción al Papa —si no ha de ser puro fuego de artificio— o debe traducirse en sintonía y adhesión a su magisterio y a sus directrices. La adhesión comporta necesariamente colaborar. Y colaborar con el Papa es empeñarse con él en la tarea fascinante de llevar a los hombres de nuestro mundo la salvación que Cristo trajo a la Humanidad.